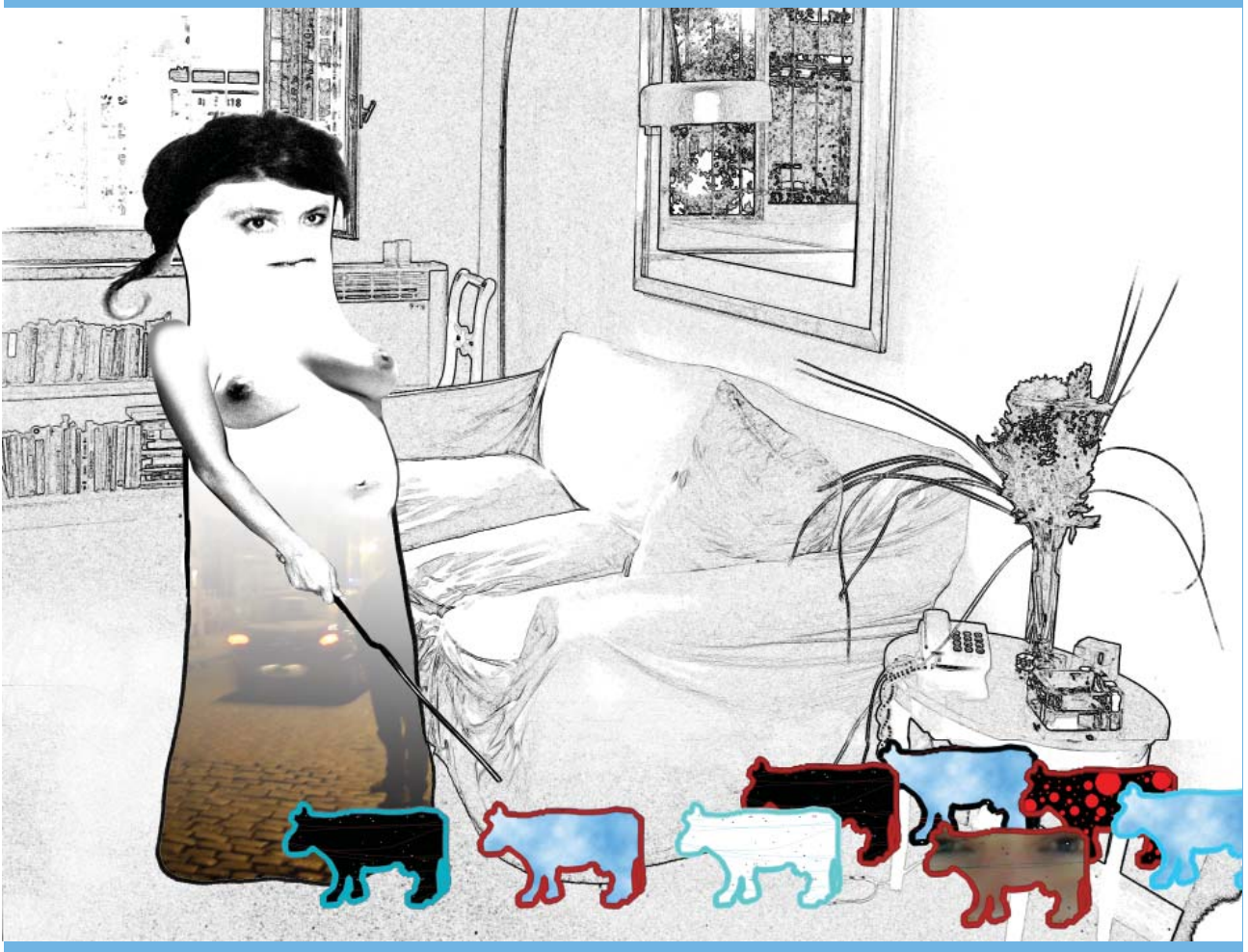


LITERARIAS



Ro Barragán: *Llorona Arriadora* de la serie *Domésticas* (2007)





CAPTURAS CATCHES

Fecha de recepción: 8-11-2015 Fecha de aceptación: 8-1-2016

LAURA KLEIN

Licenciada en Filosofía (UBA). Poeta y ensayista. Autora de libros de poesía: *A mano alzada* (1986, Tierra Firme), *Vida interior de la discordia* (1994, Último Reino, Premio Boris Vian), *Bastardos del pensamiento* (1997, La Letra Muerta), *La bruta bruz* (Casi incendio la casa, 2010), *La comedia de los panes* (Hilos, 2011). Y libros de ensayo: *Fornicar y matar - El problema del aborto* (Planeta, 2005), ampliado y reeditado bajo el título *Entre el crimen y el derecho* (Booket, Planeta, 2013). Dicta seminarios de filosofía y dirige talleres de pensamiento y escritura.

CAPTURAS

“No eras Dios sino una svástica tan negra que ningún cielo podía despejarla. Toda mujer adora a un fascista.”

¿Toda mujer adora a un fascista? No es necesario verificarlo para responder. Porque son palabras que, con mayor o menor conciencia, las mujeres -entre la miseria, el asombro, la ajenidad o la desobediencia- comprendemos. Palabras que sirven para culparnos al morir cuando nos matan. Un verso para una menos; una plegaria para una más. El *nunca más* se parece a *nunca menos*, y entonces volvamos a la primera línea del primer verso del poema que ninguna mujer hubiese querido poder escribir: “Papi, tuve que matarte”.

Lo escribió Sylvia Plath en 1962, antes de matarse con gas después de haber puesto a salvo a sus dos pequeños: “Papito, tuve que matarte, pero moriste antes de que me dieras tiempo.”

“Me quieres de nácar, que sea azucena sobre todas, casta.” Nos lo dieron a leer, a cierta generación, en la escuela primaria. Avisando los peligros, que el perfume sea tenue: “Corola cerrada.” Quienes incorporaron en los textos escolares el poema *Tú me quieres blanca*, de Alfonsina Storni, tuvieron -cabe suponer- una voluntad de politizar a la niñez acerca del lugar de sometimiento de la mujer, uno de cuyos devenires ordinarios es el ser matada por “Tú que el esqueleto conservas intacto”: sus futuros ex -novios, maridos y amantes.

Lo recibimos, empero, no como un cross a la mandíbula del patriarcado sino como la margarita bordada en el orillo de la almohada por una mujer que escribía sobre cuestiones de la femineidad y del mar.

También hoy todo se neutraliza: así la consigna *Ni una menos* fue absorbida ávidamente por la masa mediática, y engullida impunemente, por ejemplo, por los mismos shows televisivos cuya coreografía se monta sobre las imágenes porno-soft de mujeres abusadas y sonrientes.

“Imposible llegar al fondo sin quebrarse las dos piernas.” Nunca fue el violador el hermano con costillas iguales a las nuestras. Siempre fue el otro, su gemelo, su doble, su siervo, su jefe y su profeta. Aquí, donde estamos, nuestros pies sobre la tierra, para que el miedo nos busque. De



rodillas otra vez, y hambre de viento. Costillas rotas, los pies atrapados en zapatos que no son para correr. Tacos aguja, dedos apretados y sin apoyo, zapatos tan angostos que el cuerpo se obliga a un equilibrio que ya no estará dispuesto a escapar ni a bailar. Está claro que hay una tradición y una voluntad política; no se trata sólo de derechos, hay un sistema del miedo.

Porque “el miedo es rociado como un veneno sobre el pastizal demasiado vivo”, escribe Claudia Masín. El libro está saliendo de la imprenta en este mismo momento y se llama *La cura*. Saldrá de la imprenta durante los años que sea necesario.

POEMAS DE SYLVIA PLATH - ALFONSINA STORNI - CLAUDIA MASÍN

PAPI

Tú ya no, tú ya no

Me sirves, zapato negro

En el que viví treinta años

Como un pie, mísera y blancuzca,

Casi sin atreverme ni a chistar ni a mistar.

Papi, tenía que matarte pero

Moriste antes de que me diera tiempo.

Saco lleno de Dios, pesado como el mármol,

Estatua siniestra, espectral, con un dedo del pie gris,

Tan grande como una foca de Frisco,

Y una cabeza en el insólito Atlántico

Donde el verde vaina se derrama sobre el azul,

En medio de las aguas de la hermosa Nauset.

Yo solía rezar para recuperarte.

Ach, du.

En tu lengua alemana, en tu ciudad polaca

Aplastada por el rodillo

De guerras y más guerras.

Aunque el nombre de esa ciudad es de lo más corriente.

Un amigo mío, polaco,

Afirma que hay una o dos docenas.

Por eso yo jamás podía decir dónde habías

Plantado el pie, dónde estaban tus raíces.

Ni siquiera podía hablar contigo.

La lengua se me pegaba a la boca.

Se me pegaba a un cepo de alambre de púas.

Ich, ich, ich, ich,

Apenas podía hablar.

Tè veía en cualquier alemán.

Y ese lenguaje tuyo, tan obsceno.

Una locomotora, una locomotora

Silbando, llevándome lejos, como a una judía.

Una judía camino de Dachau, Auschwitz, Belsen.

Empecé a hablar como una judía.

Incluso creo que podría ser judía.

Las nieves del Tirol, la cerveza rubia de Viena

No son tan puras ni tan auténticas.

Yo, con mi ascendencia gitana, con mi mal hado

Y mi baraja del Tarot, y mi baraja del Tarot,

Bien podría ser algo judía.

Siempre te tuve miedo: a ti, a ti

Con tu Luftwaffe, con tu pomposa germanía,

Con tu pulcro bigote y esa

Mirada aria, azul centelleante.

Hombre-pánzer, hombre-pánzer, Ah tú...

No eras Dios sino una esvástica

Tan negra que ningún cielo podía despejarla.

Toda mujer adora a un fascista,

La bota en la cara, el bruto

Bruto corazón de un bruto como tú.

Mira, papi, aquí estás delante del encerado,

En esta foto tuya que conservo,

Con un hoyuelo en el mentón en lugar de en el pie,

Mas sin dejar por eso de ser un demonio,

El hombre de negro que partió

De un bocado mi lindo y rojo corazón.

Yo tenía diez años cuando te enterraron.

A los veinte intenté suicidarme

Para volver, volver a ti.

Creía que hasta los huesos lo harían.

Pero me sacaron del saco

Y me amañaron con cola.

Y entonces supe lo que tenía que hacer.

Creé una copia tuya,

Un hombre de negro, tipo Meinkampf,



Amante del tormento y la tortura.
Y dije sí, sí quiero.
Pero, papi, esto se acabó. He desconectado
El teléfono negro de raíz, las voces
Ya no pueden reptar por él.

Si ya había matado a un hombre, ahora son dos:
El vampiro que afirmaba ser tú
Y que me chupó la sangre durante un año,
Siete años, en realidad, para que lo sepas.
Así que ya puedes volver a tumbarte, papi.

Hay una estaca clavada en tu grueso y negro
Corazón, pues la gente de la aldea jamás te quiso.
Por eso bailan ahora, y patean sobre ti.
Porque siempre supieron que eras tú, papi,
Papi, cabrón, al fin te rematé.

Sylvia Plath, Boston 1930/ Londres 1963.
Traducción de Xoañ Abeleira

TÚ ME QUIERES ALBA

Tú me quieres alba,
me quieres de espumas,
me quieres de nácar.
Que sea azucena
Sobre todas, casta.
De perfume tenue.
Corola cerrada.

Ni un rayo de luna
filtrado me haya.
Ni una margarita
se diga mi hermana.
Tú me quieres nívea,
tú me quieres blanca,
tú me quieres alba.

Tú que hubiste todas
las copas a mano,
de frutos y mieles
los labios morados.
Tú que en el banquete
cubierto de pámpanos
dejaste las carnes
festejando a Baco.
Tú que en los jardines
negros del Engaño
vestido de rojo

corraste al Estrago.

Tú que el esqueleto
conservas intacto
no sé todavía
por cuáles milagros,
me pretendes blanca
(Dios te lo perdone),
me pretendes casta
(Dios te lo perdone),
¡me pretendes alba!

Huye hacia los bosques,
vete a la montaña;
límpiame la boca;
vive en las cabañas;
toca con las manos
la tierra mojada;
alimenta el cuerpo
con raíz amarga;
bebe de las rocas;
duerme sobre escarcha;
renueva tejidos
con salitre y agua:

Habla con los pájaros
y lévate al alba.
Y cuando las carnes
te sean tornadas,
y cuando hayas puesto
en ellas el alma
que por las alcobas
se quedó enredada,
entonces, buen hombre,
preténdeme blanca,
preténdeme nívea,
preténdeme casta.

Alfonsina Storni, Capriasca
(Suiza) 1892 / Mar del Plata 1938.



LEONA

*Nunca fue el violador:
fue el hermano, perdido,
el compañero/gemelo cuya palma
tendría una línea de la vida idéntica a la /nuestra.*

Adrienne Rich

Las mujeres enfrentamos en la niñez un pozo profundísimo, parecido a los cráteres que deja un bombardeo, e indefectiblemente caemos desde una altura que hace imposible llegar al fondo sin quebrarse las dos piernas. Ninguna sale intacta y sin embargo suele decirse que se trata de un malentendido, que no hubo tal caída, que todas las mujeres exageran. Lleva una vida completa poder decir: esto ha pasado, fui dañada, acá está la prueba, los huesos rotos, la columna vertebral vencida, porque después de una caída como esa se anda de rodillas, o inclinada, en constante actitud de terror o reverencia. Muy temprano el miedo es rociado como un veneno sobre el pastizal demasiado vivo donde de otra manera crecerían plantas parásitas, en nada necesarias, capaces de comerse en pocos días la tierra entera con su energía salvaje y desquiciada. Aún así, siempre quedan algunos brotes vivos, porque quien combate a esas plantas que se van en vicio, después de un tiempo ya tiene suficiente, de puro saciado se retira del campo baldío y a veces les perdona la vida y se va antes de terminar la tarea. No es compasión, es como si una tempestad se detuviera porque ya fueron suficientes las vidas arrebatadas, las casas reducidas a una armazón de palos y hierros desplomados, que aun restauradas nunca podrían volver a ser las mismas. La compasión, claro, es otra cosa que haber saqueado una tierra con tal ferocidad que lo que queda está tan malogrado que ya no sirve ni como alimento ni como trofeo de guerra. En el corto tiempo de gracia antes de la caída, las mujeres, esos yuyos siempre demasiado crecidos, andamos por ahí, perdidas y felices, esperando lo que no suele llegar: la compañía del hermano que no tenga terror a lo desconocido, a lo sensible. No el hermano que pueda impedir la caída sino ese capaz de caer junto a nosotras, desobedeciendo la ley que establece la universalidad de la conquista, la belleza de la bota del cazador sobre el cuello partido de la leona y de su cría. El hermano incapaz de levantar su brazo para marcar a fuego la espalda de la hermana, la señal que los separaría para siempre, cada cual en el mundo que le toca: él a causar el daño, ella a sufrirlo y a engendrar la venganza del débil que un día se levanta, el esclavo



que incendia la casa del amo y se fuga
y elude el castigo. El mal está en la sangre hace ya tanto
que está diluido y es indiscernible del líquido
que el corazón bombea: el patrón ama esto y el hermano lo sufre,
tan malherido como la mujer a la que él debería
lastimar. El dolor sigue su curso, indiferente,
y el pozo sigue comiéndose vida tras vida, y seguirá,
a menos que algo pase,
un acto de desobediencia casi imposible de imaginar,
como si de repente el cazador se detuviera justo antes del disparo
porque sintió en la carne propia la agitación de la sangre
de su víctima, el terror ante la inminencia de la muerte,
y supo que formar parte de la especie dominante
es ser como una fiera que ha caído
en una trampa de metal que te destroza lentamente
cada músculo, cada ligamento,
para que te desangres antes de poder escapar.

Claudia Masín,
Resistencia (Chaco) 1972